

casualidad ó la fortuna : lo que hace del trabajo la causa mas eficaz de la moralidad es la independenciam en que el hombre mas laborioso se encuentra respecto de los otros, y la dependenciam en que está de su propia conducta, del orden y de la consecuciam y regularidad que tiene en su vida social. Tal es la verdadera causa de la moralidad de las clases ocupadas en un trabajo uniforme, y de la inmoralidad tan comun á los mendigos y jugadores, siendo estos últimos los mas inmorales de todos los hombres, porque son los que mas cuentan con la casualidad.

Los estímulos ó socorros del gobierno para la industria son una especie de juego. No es presumible suponer que la autoridad no conceda estos socorros á los hombres que no son dignos, ó que no conceda mas que aquellos que verdaderamente se merecen; pero un solo error en este género hace de estos medios de

proteccion una lotería. Basta una sola suerte para introducir la casualidad en todos los cálculos; y por consiguiente para desnaturalizarlos. La probabilidad del juego ó de la fortuna nada hace, pues que sobre ella no decide sino la imaginacion. La esperanza, aun remota é incierta, de la existencia de la autoridad, hace entrar en la vida y los cálculos del hombre laborioso un elemento del todo diferente del resto de su existencia. Su situacion cambia, sus intereses se complican, y su estado llega á ser susceptible de una especie de agiotage. Ya no es el que combina un comerciante ó un manufacturero pacífico que hace depender su prosperidad de la sabiduría de sus especulaciones, de la bondad de sus productos, y de la aprobacion de sus conciudadanos, fundada sobre la regularidad de su conducta, y sobre su prudencia reconocida; quien combina es el hombre, cuyo interes inmediato y cuyo de-

seo favorito es atraerse la atención de la autoridad.

La naturaleza de las cosas habia puesto para el bien de la especie humana una barrera casi insuperable entre la grande masa de las naciones y los depositarios del poder. Un corto número de hombres solamente estaba condenado á agitarse dentro de la esfera de aquella misma autoridad, á especular sobre el favor, y á enriquecerse con los manejos y las cábalas: el resto, siguiendo tranquilamente su camino, y no pidiendo al gobierno sino la garantía de su tranquilidad y del ejercicio de sus facultades, nada mas exigia. Pero cuando la autoridad, poco contenta de esta funcion saludable, y poniéndose en medio de todos sus individuos por medio de liberalidades ó promesas, provocó esperanzas y creó pasiones que no existian, ya lo puso todo fuera de su lugar. Por este medio, no hay duda, se comunica á la clase indus-

trial una nueva actividad; pero esta es una actividad viciosa, una actividad que se ocupa mas bien del efecto que produce exteriormente, que de la solidez de sus propias empresas, y que busca el brillo mas bien que el buen éxito porque este puede resultar para ella de una apariencia engañosa; es una actividad en fin que hace á la nacion entera temeraria, inquieta y codiciosa, siendo asi que no debia haber sido sino laboriosa y económica. Y no penseis que sustituyendo á los estímulos pecuniarios otros motivos sacados de la vanidad, haceis menos mal: los gobiernos ponen ordinariamente mucho charlatanismo en sus medios, y les es muy fácil hacer creer que su presencia sola es capaz de dar impulso á todo, asi como la del sol vivifica á la naturaleza. Por consecuencia ellos hacen alarde de esta proteccion, hablan largamente, y quieren hacer creer que su trabajo será honrado por los si-

glos; pero esto es hacer salir á las clases laboriosas de su carrera natural; es inspirarles necesidad del crédito, haciéndolas dependientes de este mismo; y comunicarlas al mismo tiempo el deseo de cambiar sus relaciones comerciales por otras de disimulacion y de clientela; y el resultado será tomar todos los vicios de las córtes sin adquirir aquella elegancia que al menos disfraza estos mismos vicios.

Las dos hipótesis mas favorables al sistema de proteccion, ó de los socorros que la autoridad ofrece, son seguramente la una el establecimiento de un ramo de industria que sea desconocido en el pais y exija unos grandes avances; y la otra la asistencia á ciertas clases laboriosas, ó agrícolas, cuando algunas calamidades imprevistas han disminuido considerablemente sus recursos.

Yo no sé sin embargo si aun en estos dos casos (exceptuando á lo mas algu-

nas circunstancias muy raras, para las cuales es imposible trazar reglas fijas) seria mas perjudicial que provechosa la intervencion del gobierno. En el primero, no hay duda ninguna de que un nuevo ramo de industria protegido de este modo, se estableceria antes y con mas extension; pero descansando mas sobre la existencia del gobierno que sobre los cálculos de los particulares, se estableceria menos sólidamente. Por otra parte, indemnizados estos con anticipacion de las pérdidas que pudieran tener, no tendrian el mismo zelo y los mismos cuidados que si estuvieran abandonados á sus propias fuerzas, y si no hubieran de tener otro suceso que el que ellos pudieran merecer. Ellos se lisonjearán de que el gobierno empeñado de algun modo por los primeros sacrificios que habrá consentido, volverá de nuevo á socorrerles, si es que la empresa llega á desgraciarse, para no perder el fruto de

sus sacrificios; y esta prevencion, que es de una naturaleza diferente de la que debe servir de aguijon á la industria, dañará siempre mas ó menos, pero de un modo notable, á su actividad y á sus esfuerzos.

En los paises habituados á los socorros facticios de la autoridad, se imagina muchas veces muy fácilmente que esta ó la otra empresa no se halla al alcance de los medios individuales; y esta es una segunda causa de tibieza para la industria particular; pues que espera siempre ser provocada del gobierno por la costumbre que tiene de recibir de él el primer impulso.

Apenas en Inglaterra se ha anunciado una nueva invencion, cuando una infinidad de suscripciones proveen á los inventores de todos los medios necesarios para desarrollarla y aplicarla. Los suscriptores en tal caso proceden con mas escrupulo en el exámen de las ventajas

prometidas que el que podria tener el gobierno, fuera el que quisiese; porque el interes de todos los individuos que toman la empresa por su cuenta no es el de dejarse engañar, al paso que el de aquellos que especulan sobre los socorros del gobierno, es el de engañar á este si pueden. El trabajo y el suceso son el único recurso de los primeros, y la exageracion ó el favor son para los segundos; y asi el sistema de los estímulos ó socorros es bajo este respecto un principio de inmoralidad.

Posible es, no lo niego, que la industria de los individuos privada de todo socorro extranjero se detenga muchas veces delante de un obstáculo; pero al momento se convertirá hácia otros objetos, y puede contarse que tarde ó temprano volverá á reunir sus fuerzas y superar la dificultad: y no temo afirmar, que el inconveniente parcial y momentáneo de esta suspension no será compara-

ble en manera alguna con la desventaja general del desorden y de la irregularidad que toda asistencia artificial introduce en las ideas y en los cálculos.

Otras razones casi iguales se encuentran para su aplicacion en la segunda hipótesi, que al primer golpe de vista parece mas legítima y favorable. Socorriendo á las clases industriales ó agrícolas, cuyos recursos han sido disminuidos por calamidades imprevistas é inevitables, el gobierno debilita desde luego en ellas el sentimiento que da al hombre mas energía y moralidad, que es el de deérselo todo á sí mismo, y no esperar sino en sus propias fuerzas. En segundo lugar la esperanza de estos recursos empeña á las clases que padecen á exagerar sus pérdidas y á ocultar sus recursos, y les da de este modo un interes en la mentira. Así aun quando los socorros sean distribuidos con prudencia y parcimonia, el efecto, que no será el mismo

para dar mayor comodidad á los individuos, sí lo será ciertamente respecto de su moralidad. La autoridad no les habrá enseñado menos á contar sobre los otros, en lugar de que ellos no debian contar sino sobre sí mismos; podrá entretener sus esperanzas, pero su actividad recibirá un grande golpe, y su veracidad sufrirá una extraordinaria alteracion, pues que si no obtienen los socorros del gobierno, consistirá esto en que no han tenido la habilidad suficiente para solicitarlos. Por otra parte en fin, el mismo gobierno se expone á ser comprometido por agentes infieles, porque no puede seguir en todos los pormenores la ejecucion de las medidas que ordena; y la astucia es siempre mas hábil que la vigilancia. Federico el Grande y Catalina II habian adaptado para la agricultura é industria el sistema de los premios y estímulos, y visitaban frecuentemente por sí mismos las provincias en donde ha-

bian mandado distribuirlos. A su tránsito se hacian poner en los párges, por donde podian verse, hombres bien vestidos y bien alimentados reunidos para este efecto por los distribuidores de sus gracias, para ofrecer una prueba aparente del efecto de sus liberalidades; y entre tanto los pobres habitantes de aquellos territorios sepultados en sus chozas vivian en su antigua miseria, ignorando hasta la intencion de los soberanos que se creian bienhechores suyos.

En los paises que tienen constituciones libres, los estímulos de esta especie pueden todavía ser considerados bajo otro punto de vista. ¿Será saludable que el gobierno se procure la adhesion de ciertas clases de los gobernados por unas liberalidades que por mas sabias que sean en su distribucion, tienen mucho de arbitrario por necesidad en su naturaleza misma? ¿No es por ventura de temer que estas clases seducidas por una ganancia

inmediata y positiva lleguen á hacerse indiferentes á la libertad individual ó á la justicia? En tal caso pudieran mirarse como compradas por la autoridad.

Si se lee á muchos escritores, casi casi nos excitan á creer que no hay cosa mas estúpida, mas insuficiente, ni menos ilustrada que el interes individual. Nos dicen en tono decisivo « ya, que si el gobierno » no alienta la agricultura, todos los brazos se convertirán hácia las manufacturas, y los campos quedarán desiertos: ya, que si el gobierno no fomenta á estas últimas, todos los brazos quedarán en los campos; que el producto de estos excederá mucho á las necesidades, y que el pais se aniquilará falto de comercio y de industria; » como si no fuese evidente de una parte, que la agricultura ha de estar siempre en razon de las necesidades de un pueblo;

(4) Filangieri y otros muchos.

porque es indispensable que los artesanos y manufactureros tengan de qué alimentarse; y por otra, que las manufacturas subirán de precio al momento que los productos de la tierra sean en cantidad suficiente, porque el interes individual inclinará á los hombres á aplicarse á trabajos mas útiles y lucrativos que la multiplicacion de géneros, cuya cantidad habia de reducir el precio. Los gobiernos no pueden hacer mudanza alguna en cuanto á las necesidades físicas de los hombres; pues que la multiplicacion y la tasa de los productos, sean de la especie que quieran, se conforman siempre con las demandas de estos productos; y es un absurdo el creer que no es suficiente para hacer un género de trabajo comun, el que sea útil á aquellos que se entregan á él. Si hay mas brazos de los que se necesitan para dar valor á la fertilidad del suelo, los habitantes convertirán naturalmente su actividad hácia otros ramos de indus-

tria. Ellos conocerán sin que el gobierno se lo advierta que la concurrencia pasando de cierto grado disminuye las ventajas del trabajo; y entonces el interes particular, sin necesidad de ser alentado por aquel, se moverá por sus propios cálculos á buscar un género de ocupacion que le sea mas provechosa. Si la naturaleza del terreno hace necesario un gran número de cultivadores, los artesanos y manufactureros no se multiplicarán; por que siendo la primera necesidad de un pueblo la de subsistir, es imposible jamas que este desprecie la subsistencia. Por otra parte, siendo mas necesario el estado del agricultor, debe ser tambien mucho mas lucrativo que otro ninguno; y cuando no hay un privilegio abusivo que invierta el órden natural, la ventaja de una profesion se compone siempre de su utilidad absoluta y de su escasez ó carestía relativa. Las producciones propenden á ponerse al nivel de las necesi-

dades, sin que la autoridad se mezcle en ello ⁽¹⁾. Cuando un género de producción escasea, se alza su precio, y cuando esto sucede y la producción es mejor pagada, atrae á sí la industria y los capitales; de lo que viene á resultar, que aquella misma producción se hace mas comun; que siéndolo baje su precio, y que en el momento que esto se verifica, una parte de la industria y de los capitales se incline hácia otro lado. Haciéndose ya entonces mas rara la producción, se aumenta el precio, y la industria vuelve hasta conseguir en uno y en otro un perfecto equilibrio. Desengañémonos, el verdadero estímulo para todos los géneros de trabajo es la necesidad que hay de él, y sola la libertad es suficiente para mantener á todos en una exacta y saludable proporción.

Lo que ha engañado á muchos escritores es el abandono ó mal tratamiento que experimentan las clases laboriosas de

Smith. Lib. 1, cap. vii; Say Econ. pol.

la nación bajo gobiernos arbitrarios. Ellos no suben hasta la causa del mal; pero se imaginan que podría remediarse semejante inconveniente por una acción directa en favor de las clases que padecen. Así, por ejemplo, en la agricultura, cuando las instituciones injustas y opresivas exponen á los labradores á vejaciones de las clases privilegiadas, los campos quedan incultos porque se despueblan, y las clases agrícolas corren á acogerse á los pueblos para libertarse de la esclavitud y humillación: entonces los especuladores imbéciles aconsejan que se les prodiguen estímulos positivos y parciales; y no advierten que la despoblación de los campos es el resultado de una mala organización política, y que siendo momentáneos é incapaces de proveer de remedio los socorros ó cualquiera otro paliativo artificial que se acuerda á algunos individuos, no hay otro recurso ver

dadero que la libertad y la justicia, que es el último á que vienen á apelar.

Pero es necesario, dicen algunos, ennoblecer la agricultura y hacerla honrosa, porque sobre ella descansa la prosperidad de las naciones. Hombres muy ilustrados han desenvuelto esta idea, y uno de los espíritus mas penetrantes, aunque muy singular, del siglo último, que es el marques de Mirabeau, no ha cesado de repetir lo mismo. Otros han hecho igual aplicacion á las manufacturas; pero es imposible ennoblecer sino por medio de las distinciones; y este solo es un recurso artificial, aplicable por consecuencia á pocos, y destituido del carácter de comun, el cual es absolutamente necesario para que pueda llamarse útil. ¿Y qué distincion quereis dar á lo que es comun? El trabajo necesario siempre es fácil; por lo mismo no depende de la autoridad influir sobre la opinion

de un modo que presente como un raro mérito aquello que todo el mundo puede hacer igualmente bien.

De cuantas distinciones dan los gobiernos, las únicas que imponen verdaderamente, son las que anuncian poder, porque son reales, y la autoridad que las condecora puede emplearlas en bien ó en mal. Las distinciones fundadas sobre el mérito son contextadas por la opinion, porque esta se reserva para sí sola el derecho de decidir de aquel. Ella se ve forzada á su pesar á reconocer el poder; pero en cuanto al mérito puede negarlo si así lo concibe. Este era el motivo por el que el cordon azul inspiraba respeto, porque era público que el que lo llevaba era un gran señor; y la autoridad puede juzgar con mucha facilidad sobre esto. Al contrario el cordon negro era ridículo, porque declaraba solamente que el que estaba condecorado con él era un literato ó un artista distinguido; y la autoridad

no puede pronunciar sobre los literatos ó artistas.

Las distinciones honoríficas para los labradores, para los artesanos y manufactureros son todavía mas ilusorias. Estos, los artistas y los cultivadores aspiran siempre á una medianía de fortuna, ó de riqueza por medio del trabajo, y á la tranquilidad por la garantía que se les ofrece; por lo mismo no os pedirán distinciones artificiales: y á lo que aspirarán es á que no trastorneis su entendimiento con ideas facticias, separándolos del camino que naturalmente siguen. Dejadles gozar en paz del fruto de sus afanes, de la igualdad de derechos y de la libertad de accion que les corresponde. Entonces, sí, que les haréis verdaderos servicios é infinitamente mas importantes, que no prodigándoles favores é injusticias; es decir, causándoles vejaciones por un lado, y buscándolos por otro para distinguirlos.

NOTA Z. TOM. I, PAGINA 182.

De la inviolabilidad de las propiedades ⁽¹⁾.

A la arbitrariedad respecto de la propiedad, sigue la arbitrariedad sobre las personas; en primer lugar, porque este es un mal contagioso; y en segundo, porque la violacion de la propiedad provoca necesariamente la resistencia; y la autoridad se encarniza entonces contra el oprimido que resiste, siendo arrastrada á atentar á su libertad solo porque ha querido robar, y se le ha formado oposicion.

(1) Debo advertir al lector que en este capítulo se encuentran sembradas acá y allá frases sacadas de los mejores autores sobre economía política y el crédito público; cuyas palabras he puesto materialmente muchas veces, creyendo que no debia hacer cambio ninguno en ellas, para decir menos bien lo que ellos habian escrito; pero no he podido citarlas siempre, porque he hecho esta composicion de memoria.